

# La Voz de Aragón

DIARIO GRÁFICO, INDEPENDIENTE

Año II

Zaragoza.—Miércoles 14 de julio de 1926

Núm. 356

DIARIO DE UN INGENUO

## ¿Será verdad tanta belleza?

En Zaragoza  
¿qué ha sucedido?  
La Torre Nueva  
que se ha caído.  
Si se ha caído  
¿quién la levanten.  
Dinero, tienen  
los estudiantes.

Martes, 13 de julio. ¿Se han fijado ustedes bien? ¡Martes y 13! Yo, por mi fortuna, no soy supersticioso. Si lo fuera, no habría pisado ayer la calle.

Digo, digo, habría tenido que pisarla forzosamente. Porque el rector de la Universidad, mi muy querido amigo el doctor don Ricardo Royo Villanova, me había dirigido una carta apremiante, citándome sin falta para las once. Y cartas análogas debieron recibir muchos prohombres de Zaragoza—advirtan ustedes que yo no me incluyo entre los prohombres—porque a las once en punto estaba el despacho rectoral tan concurrido y tan solemne como si fuera a celebrarse un cónclave.

Allí el alcalde y el presidente de la Diputación; allí los presidentes o los representantes de todas las corporaciones y entidades diversas de Zaragoza; allí el presidente de la Económica y deán del Cabildo don Florencio Jardiel; allí el representante del arzobispo señor Pellicer; allí, en una palabra, cuanto significa algo, cuanto vale mucho,—sin más excepción que la de este humilde monacillo—y cuanto influye en el desarrollo de la existencia de la capital de Aragón.

Tuvo el doctor Royo la coquetería de llegar con un cuarto de hora de retraso, retraso que nos pareció estudiado, porque los demás, que fuimos puntuales y sólo sabíamos que se nos llamaba «para un asunto interesantísimo, en el que precisaba nuestra opinión», nos dedicamos, intrigadísimos, a preguntarnos los unos a los otros: «¿Usted sabe para qué se nos convoca?» «Yo, no, ¿y usted?» «Debe ser algo de verdadera importancia, dado lo apremiante de la convocatoria».

Cesaron los diálogos con la llegada del rector. Y bien pronto don Ricardo Royo nos sacó de dudas, haciéndonos saber cómo quería—y aun quería que lo quisiéramos también todos—que a la sombra de la celebración del Centenario de Goya, y para que de esta conmemoración quedase en Zaragoza un recuerdo perpetuo, se procediera a reconstruir la famosa Torre Nueva en el mismo lugar donde se alzaba durante los famosos Sitios, en que fué baluarte y centinela.

Habló el rector con elocuencia maravillosa. Logró comunicar su entusiasmo a todos los oyentes. La figura venerable de don Florencio Jardiel tuvo un instante gallardo de recio aragonesismo al mostrarse conforme con la idea si la idea había de ser completa; esto es, no un remedo de Torre Nueva, sino la Torre Nueva en toda su plenitud, tal como fué mucho antes del vandálico hecho de su demolición. Así el deán se metió en el alma aragonesa, como el rector se había metido no menos alma adentro al recordarnos aquellas estrofas que en nuestra niñez cantábamos—las que van al frente de este artículo—y aseverar que los estudiantes no tendrán

dinero, pero tienen espiritualidad, ideal, fe, entusiasmo, que es lo que mueve en el mundo todo: ¡hasta el dinero!

Y ya nos habíamos pronunciado todos por la reedificación de la Torre Nueva, sin otro roce que el muy prudente y discretísimo de un señor, prócer en la literatura aragonesa y en el mundo de los negocios, que habló de

Goya vuelva a alzarse la famosa Torre Nueva sobre su viejo solar, y sean terminadas las obras del templo de la Patrona de Aragón.

¿Dinero? ¡Oh, cuánto dinero hace falta! Se buscará. Se encontrará. Porque el dinero se encuentra cuando se sabe buscarlo bien. En ello convinieron nuestros prohombres, salvo el re-

que hoy parecen ensoñaciones llegarán algún día a tener la consistencia de las realidades tangibles?

Es verdad que la fe obra milagros. Pero no es la fe que siente un hombre solo la que determina los milagros, sino la fe comunicada; la que invade el alma popular; la que electriza a las muchedumbres.

Y he ahí el primer milagro que se necesita: conmover el alma aragonesa hasta tal punto que esa sola conmoción haga que los bolsillos lleguen a abrirse insensiblemente.

F. AZNAR NAVARRO

## Pajaritas de papel

\*\*\*

«Por Grados».

¿No será por grados?

En este tiempo, y mirando al termómetro, no puede ser otra cosa.

\*\*\*

«La política económica».

Eso es lo que hace falta: una política barata.

Y con pocos impuestos.

\*\*\*

«Un arsenal destruido».

Pero que no se hagan ilusiones los pacifistas.

Lo destruyó un rayo. Las conferencias del desarme no sirven para tanto.

\*\*\*

«Caillaux sale hoy para Londres».

Comprendemos, porque el viaje a Inglaterra es obligado en un ministro de Hacienda francés.

La pesadilla de Francia son precisamente sus numerosos ingleses.

Un artista aragonés en Barcelona

## La Exposición Rincón en el Salón Parés

En el Salón Parés, de Barcelona, donde tantos artistas tienen cordial acogida, acaba de triunfar un pintor aragonés, Vicente Rincón, natural de Fuentes de Ebro.

Son varios los lienzos que ha expuesto y varios los asuntos tratados. Y en todos ellos es de admirar la justeza del dibujo y la valentía y acierto en el manejo de los colores.

La Exposición ha constituido un éxito de público y de crítica.

Al azar copiamos algo de lo que dice la prensa barcelonesa:

«La agrupación «Penya Recó d'Art» ha expuesto en este local las pinturas que posee el joven artista Rincón, quien celebró pocos meses ha una exposición, por cierto muy nutrida, de sus obras en las «Galerías Dalmau», la cual alcanzó un éxito muy lisonjero por las brillantes modalidades de pintor a la moderna que en ella demostró poseer. Hoy Rincón, que posee como pocos la intuición del colorido y una pincelada segura y desenvuelta, nos presenta varios lienzos personales, entre los cuales cabe señalar, por los progresos técnicos que descubren, los bodegones de las aceitunas y de las cerezas, este último de una sorprendente calidad, así como algunas figuras de gitanas, bien trazadas y expresivas. Unos pocos dibujos semicoloridos vienen a recordarnos que el joven artista aragonés es un admirador de los «Caprichos» del maestro Goya, y completan esta personal manifestación de arte.»

(De «Las Noticias».)

\*\*\*

Mucho nos complace este triunfo del pintor paisano y le deseamos decisivos avances en su arte.



### LA TORRE NUEVA MURIÓ. ¡VIVA LA TORRE NUEVA!

Una asamblea de prohombres zaragozanos, presidida por el rector de la Universidad, acordó ayer la reedificación de la Torre Nueva en la misma plaza de San Felipe, donde se alzó gallarda hasta el último tercio del siglo XIX. He ahí el monumento, villanamente a sesinado, tal como lo dibujo Pacerisa, del natural, en octubre de 1844, para el tomo «Aragón», escrito por D. José María Quadrado para una obra insigne: «Recuerdos y bellezas de España». Adviértase que entonces estaba la torre completa, no como la han conocido los que la vieron derribar.

las dificultades con que podríamos tropezar en el punto concreto de reunir los fondos precisos, cuando el señor Pellicer, sin oponerse a la idea desde luego por todos adoptada, habló de que no quería que le quedase un remordimiento de conciencia de por vida callando su sentir: si no sería mejor aprovechar el momento para proceder a la terminación de las obras del Pilar, al mismo tiempo que se gestionaba la declaración de Santuario Nacional para la morada de la Patrona de Aragón.

Y el deán, perfectamente ecléctico, hizo al instante de las dos proposiciones una sola. Y el rector, perfectamente sincretista, reforzó el maridaje de las dos iniciativas.

Así que lo acordado fué que a la sombra y con motivo del Centenario de

parillo de que se ha hecho mención. Dinero puede buscarse en Zaragoza, en Aragón, en España, en América... ¡en el mundo entero!

Y por si todo eso no era bastante; como si la asamblea se viése arrastrada por el vértigo de las iniciativas conducentes a la reivindicación de las glorias aragonesas, de las glorias zaragozanas, todavía el rector lanzó otra no menos impresionante: la de devolver a Zaragoza aquella maravilla—hoy en París—que contemplamos de mozos en la calle de San Jorge, donde se asienta el Monte de Piedad; el célebre patio del palacio de los Zaporta, que el vulgo solía llamar Casa de la Infanta.

Saturados de aragonesismo hubimos de salir del rectorado ayer mañana. ¿Será verdad tanta belleza? ¿Estas



**RÁFAGAS**

**LA COSTUMBRE**

Entierro en la aldea. Ha muerto uno de los labradores mejor acomodados y mejor vistos en el vecindario; hombre que a nadie hizo mal y no se negó en su vida a hacer un favor o a dar un prudente consejo.

Ha muerto casi de repente. Era recio como un castillo; llevaba admirablemente los cincuenta un poquito largos.

Una tarde bajó de la era con «mala gana». Había trabajado muchas horas y muy rudamente, bajo el sol de fuego. Le dió como un patatús. Hubo de tumbarse a la sombra del pajar, a ver si se le pasaba el mal rato. Y como el mal rato iba haciéndose peor por momentos, marchóse a casa, demudado, tambaleándose, tal que si hubiera bebido con exceso.

No quiso la familia «incomodar» al médico, segura de que aquello no sería nada. Pero a media noche, el hombre recio jadeaba como una bestia herida; la alta fiebre le hacía proferir incoherencias.

Cuando, a la mañana siguiente, avisaron al médico, su dictamen fue rotundo y fatal:

—No hay remedio. Que avisen al cura en seguida.

Y, efectivamente, horas después el enfermo sucumbía sin que la ciencia pudiese impedirlo.

Cayó un luto en el vecindario. Con aquel hombre se iba algo de lo bueno que la aldea guardaba.

Se dispuso el entierro para el día siguiente. La familia pasó aviso a los parientes y allegados de la hora señalada para los funerales y para el sepelio.

Salieron «propios» para los pueblos cercanos con objeto de hacer llegar la infausta nueva a la parentela y a los amigos que en todas partes tenía el difunto.

A las nueve de la mañana, una abrasadora mañana de julio, empezaron a doblar lúgubramente, las campanas. Llenóse la iglesia. Fue largo el funeral, porque la viuda y los hijos querían que revistiese la mayor pompa.

Más de las diez, llegaba a la casa mortuoria el fúnebre cortejo. Iba en busca del cadáver para conducirlo a la última mansión. El duelo era imponente por la cantidad. Figuraban en él casi todos los labradores del pueblo y muchos de las aldeas vecinas.

Daba verdadero espanto ver a aquellos pobres habituados a la holgura de la ropa de faenar, embutidos en negros trajes de paño recio que no «podía pasarle un cuchillo»; ajustados por añadidura, de un modo alarmante. Eran, en su mayoría, trajes de boda. Y desde que los estrenaron, siendo mozos espigados, hasta la fecha, en que ya eran hombres maduros, los truchos habían encrecido considerablemente.

Para mayor tormento, sus mujeres, siempre cuidadosas de quedar bien, les habían obligado a ponerse camisas almidonadas, duras como el acero.

La costumbre rancia completó la obra. Era obligado llevar sobre el vestido torturador, la capa de paño de Béjar, larga hasta los tobillos, con esclavina descomunal, pesada como una maldición.

Y si todo eso era poco, allí estaban los borceguíes haciendo de cepos para los que estaban acostumbrados a la libertad de la alpargata o de la abarcá.

Así recorrieron, bajo la fogaçada del solazo canicular próximo al meridiano, el kilómetro y pico que separa el cementerio de la aldea.

Acostumbrados a todos los rigores de la intemperie, los pobres hombres sudaban a mares, se ahogaban, desfallecían.

Cuando le dieron tierra sagrada al muerto querido, doblaron las capas y se las echaron al hombro; se desabro-

charon los chalecos, alguno despojóse de la americana.

Media docena llegaron a casa, con síntomas de insolación; los demás, aspeados, rendidos, congestionados, como después de aquellas bárbaras palizas, que, a veces, les imponía un trabajo urgente.

Pero le habían rendido culto a una vieja costumbre absurda, que, por lo visto, va a tardar mucho en ser abolida.

Lo más racional hubiera sido acompañar al muerto con las ropas de medio uso, ligeras y cómodas.

Pero había que torturarse. ¿Qué hubiera dicho la gente si hubieran formado en el duelo, sin el traje de la boda y sin la capa de arroba y media?

Juan José LORENTE

**REUNION IMPORTANTE**

**Acuerda la Junta del Centenario de Goya la reconstrucción de la Torre-Nueva y la terminación del Pilar**

**SE SOLICITARA DEL GOBIERNO SEA DECLARADO SANTUARIO NACIONAL EL TEMPLO DEL PILAR**

En el rectorado de la Universidad se reunió ayer la Junta del Centenario de Goya, bajo la presidencia del rector, don Ricardo Royo Villanova.

Asistieron el alcalde de Zaragoza, don Julián Alberto Cerezuola; presidente de la Diputación, don Antonio Lasiera; presidente de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, don Florencio Jardiel; presidente de la Cámara de Comercio, don Mariano Baselga Ramírez; presidente de la Academia de Bellas Artes de San Luis, don Mariano de Pan; presidente de la Agrupación Artística Aragonesa, don Juan Sala; representando a la Prensa local, el redactor del «Heraldo» señor Royo Baran-

dian; el redactor de «El Noticiero», señor Sánchez Serral; y el director de LA VOZ DE ARAGON, señor Aznar Navarro; por el Sindicato de Iniciativa, don Eloy Chóiz; por el Centro Mercantil, el señor Sorribas; por los artistas aragoneses, don José Bueno; por el Ayuntamiento, don Florentín Baraza; en representación del arzobispo, el previsor de la archidiócesis don José Pellicer.

También asistieron, ostentando diversas representaciones, el arquitecto municipal, don Miguel Angel Navarro; don Manuel Giménez Catalan, don Andrés Giménez Soler y don José María Monserrat. Actuó de secretario, don Emilio Ostalé Tudela.

Tanto por la calidad de las personalidades convocadas como por la importancia del objeto que motivaba la reunión, esta fue una de las más importantes y de mayor trascendencia de las celebradas por la Junta del Centenario.

Dió cuenta el señor Ostalé Tudela de cuantas gestiones hizo en Madrid el señor Bueno acerca del Centenario de Goya.

El señor Royo Villanova expuso con ventadas frases el objeto de la reunión, que era hacer viable la idea de reconstruir la famosa Torre Nueva, de estructura, dimensiones y emplazamiento iguales a los de la que fue derribada.

La idea fue muy bien acogida por todos los presentes.

Hizo uso de la palabra a continuación don José Pellicer, ampliando la propuesta en el sentido de que el espiritualismo aragonés debía ir hasta el Pilar, cuya terminación debía ser obra propia del prebado tesón aragonés.

Agregó que se debía solicitar del Gobierno declarase al templo del Pilar Santuario nacional. Las propuestas del señor Pellicer fueron sumadas, desde luego, a la anterior.

Se acordó seguidamente que el arquitecto señor Navarro estudiase e hiciese el proyecto de reconstrucción de la Torre Nueva, tomando por base el proyecto de su padre, don Félix Navarro y las indicaciones hechas por otro gran arquitecto, ya fallecido también: el señor Lampérez.

Después de breves intervenciones de los

señores Cerezuola, Baselga, Pellicer, Baraza y otros en pro del mejor éxito de cuanto se había propuesto, dió término a la sesión el señor Royo Villanova agradeciendo las manifestaciones expuestas en favor de las ideas sustentadas, no sin antes anunciar que tenía entre manos otro proyecto, no menos satisfactorio para Zaragoza: el de que volviera a esta ciudad el célebre patio de la Casa de la Infanta.

**LA PROPAGANDA POR EL CENTENARIO. — OTRO FESTIVAL EN CALATAYUD**

El laureado artista de la forja, señor Remacha, ha escrito al Sindicato de Iniciativa ofreciendo la celebración de un festival pro Centenario de Goya, en Calatayud.

En principio ha sido aceptado el ofrecimiento.

**MIRANDO A LO ALTO**

**OBSERVACIONES DE LA FACULTAD DE CIENCIAS**

Día 13 de julio:  
 Temperatura del aire (sombra) mínima, 18,2.  
 Temperatura del aire (sombra), máxima, 32,4.  
 Temperatura del aire a las seis de la tarde, 27,8.  
 Humedad atmosférica, máxima, 74.  
 Humedad atmosférica, mínima, 47.  
 Dirección y fuerza del viento (a 7, 13 y 18 horas), E., 0; SE., 1; SE., 1.  
 Estado del cielo (a 7, 13 y 18 horas), despejado, despejado, cubierto.

**CLÍNICA DE SECRETAS MURO**

Mártires, núm. 16 (Arco de Cineja)  
 Piel. Matriz. Vías urinarias  
 DIATERMIA — SOL DE ALTURA



**LAS EXPOSICIONES ESCOLARES EN ZARAGOZA.** — Niñas y niños de las escuelas de Miralbuena. (Foto A. de la Barrera).









UNA NOVELA DE INSUA

“LA MUJER, EL TORERO Y EL TORO”

Hace unos meses estuvo en Zaragoza el novelista Alberto Insua. En su sección Diario de un ingenuo explicó por entonces el director de LA VOZ el motivo de aquel viaje, relacionado con la preparación de una próxima novela que había de ser, según el propósito del autor, no la del torero, que tantas veces se ha pretendido escribir y tan contadas veces se ha logrado, sino la novela de los toreros. Ya la obra está terminada y a punto de aparecer en los escaparates de las librerías. Alberto Insua, nuestro querido y admirado amigo nos ha proporcionado el placer de brindar las primicias de su nueva obra a los lectores de LA VOZ DE ARAGON, permitiéndonos la publicación del capítulo que sigue a estas líneas.

La mujer, el torero y el toro será buscada y leída con fruición por los aficionados de toda España y en particular por los aragoneses. Es un libro donde el torero aragonés brilla tanto como el madrileño y el andaluz. En sus páginas abundan las descripciones de Zaragoza. En la figura de don Manolito Herráiz, uno de los más simpáticos personajes de la novela, reconocerá todo Zaragoza a uno de sus más populares habitantes. Con decir que es aristócrata, andaluz, chirigotero, funcionario de Hacienda, aficionado por la fiesta nacional y del canto jondo casi tanto como de las magníficas jacas, creemos haber resuelto la incógnita. Si eso no es bastante—ya que los hay muy abusos—pongamos que se llama Paco Urzáiz. Y allá va el fragmento de la novela de Insua, a la que aguarda, indudablemente el mejor de los éxitos.

Sonó un clarín. Las banderillas. «Zaragoza» vino a apoyarse contra la barrera.

—No está mal el torero.

Teodoro respondió:

—Una perita en dulce.

Los peones de Martos le clavaron con presteza cuatro pares de banderillas. El espada, feliz y elegante con la muleta, estuvo indeciso al herir. Hirió tres veces. Y al doblar el toro hubo un conato de ovación de sus amigos, que el resto de los espectadores deshizo con sus protestas.

—Nada—le explicó Teodoro a «Delicia», Martos no ha hecho nada. Mejor para Basilio, que viene a dar el alboroto.

«Delicia» vibró. Sentía ansiedad semejante a la que experimentaba en los estrenos de su padre, hasta que se resolvía el éxito, o cuando veía aparecer a su madre en escena en un papel nuevo. Era la batalla contra el público, la conquista del público, que discernía, consciente o inconsciente, pero infalible, las victorias y los fracasos. Sus años y su sabiduría de comediante le habían endurecido el corazón. Era una espectadora cerebral. Cerebralmente había visto corridas de toros y matches de boxeo, con—a lo su-



ARAGON ARTISTICO Y MONUMENTAL: EL CASTILLO DE MESONES.—Arriba, vista general del pueblo, con el castillo al fondo. Abajo, interior del castillo famoso. (Foto Ródero).

mo—un escalofrío nervioso en los momentos trágicos; escalofrío sin resonancia sentimental. Una muerte verdadera o fingida se lo producían casi en la misma forma. No estaba enamorada de Basilio, no sabía aún si le gustaba aquel hombre; pero ansiaba apasionadamente su triunfo aquella tarde. Más cuestión de amor propio que cuestión de amor.

Salió al ruedo el segundo toro, y desde su primera embestida a los caballos. «Zaragoza» lo solicitó con el capote. No era «su toro». El bueno, el que hubiese querido para «Delicia», le había tocado a Pascual. Una lástima. Pero no importaba. Venía de tarde a tarde. El animal, de no mucho poder, era noble. A la salida de un quite se lo llevó al centro de la plaza y le dio varios lances

que entusiasmaban al público. En seguida, Pascual, hizo lo mismo, y se repitieron los cines y las salvas de aplausos. No hacía cosa alguna «Zaragoza» sin que Pascual la repitiese, de otro modo. Observó «Delicia» que Basilio era más rápido, más brusco, más violento que el torero pálido. Este se ponía delante del toro con una elegancia de bailarín.

Algo se prolongó la suerte de banderillas. Hubo silbidos, protestas, rumores que parecían un bostezo de la muchedumbre. «Es que el toro está cansado», explicaba Rivero. «Ese bárbaro de Tomate»—opinó Martín—le ha puesto una puña demasiado honda. Le estropeó el toro a Basilio». «Delicia», sin oírles, miraba a «Zaragoza». Arriado a las tablas, recibía de manos de «Magallanes» la muleta y desvenaba el esto-

que, llevándose los dedos a la boca para mojar la punta. De pronto, perseguido por el toro, saltó un torerillo, ágil como un lagarto. Era el último par. Sonaron timbales y clarines, hizo en la plaza un silencio absoluto y, la cabeza erguida y majestuoso el paso, marchó Basilio hacia la presidencia. Se detuvo, se descubrió y, sacando el pecho, hizo el brindis de rúbrica. Diestramente le lanzó la montera a «Magallanes» y, con toda calma comenzó a aproximarse al toro, que el Chuli», su peón de confianza, le traía desde la querencia de los toriles. El toro seguía el capote del peón con blandura, barriendo con el hocico la arena. El público se agitaba impaciente, desilusionado. Una voz gritó:

—¡No tienes toro, Basilio!

«Zaragoza» hizo un ademán con el brazo izquierdo, que el público entendió así: «Había toro. El haría por que hubiese toro.»

—¡Vamos a verlo, galán!

—¡Pues anda y mátaelo como tú sabes!

Sonriente, orgulloso del crédito que le concedían, «Zaragoza» buscó la mantilla blanca de «Delicia», y con la muleta desplegada y en alto, como una bandera, saludó a la actriz. Corrió en seguida al toro, que seguía quedado y humillado. Puso la muleta entre el hocico y la arena y, la levantó con lentitud y esfuerzo, como si tirase con sus pliegues de la cabeza del toro. Fué un pase por bajo tan eficaz, tan científico, tan de maestro, que el público aplaudió delirante.

—¡Eso!

—¡Así se castiga!

—¡El toro es tuyo!

«Zaragoza» prosiguió la taena, valeroso como siempre y más hábil, más templado que nunca. Bien sabía él lo que hacía falta: pegarle al toro con la muleta, darle de puntapiés en los hocicos... ¡Pues no faltaba más! Y tras los pases por bajo, que realmente parecían abofetear al toro, dió varios naturales que desencadenaron pies, aplausos, exclamaciones rugientes de placer.

—¡Qué hombre más grandel!

—¡Pascualillo, aprende!

—¡Viva Aragón!

«Zaragoza» pasaba al toro solo. Había echado a la gente. El «Chuchi» le seguía a distancia. Martos, con el capote en la espalda, parecía aprobar la faena. Junto a un burladero, Pascual se mordía las uñas, desdenoso.

—¡Pascualillo, aprende!

—¡Aprende, Pascual!

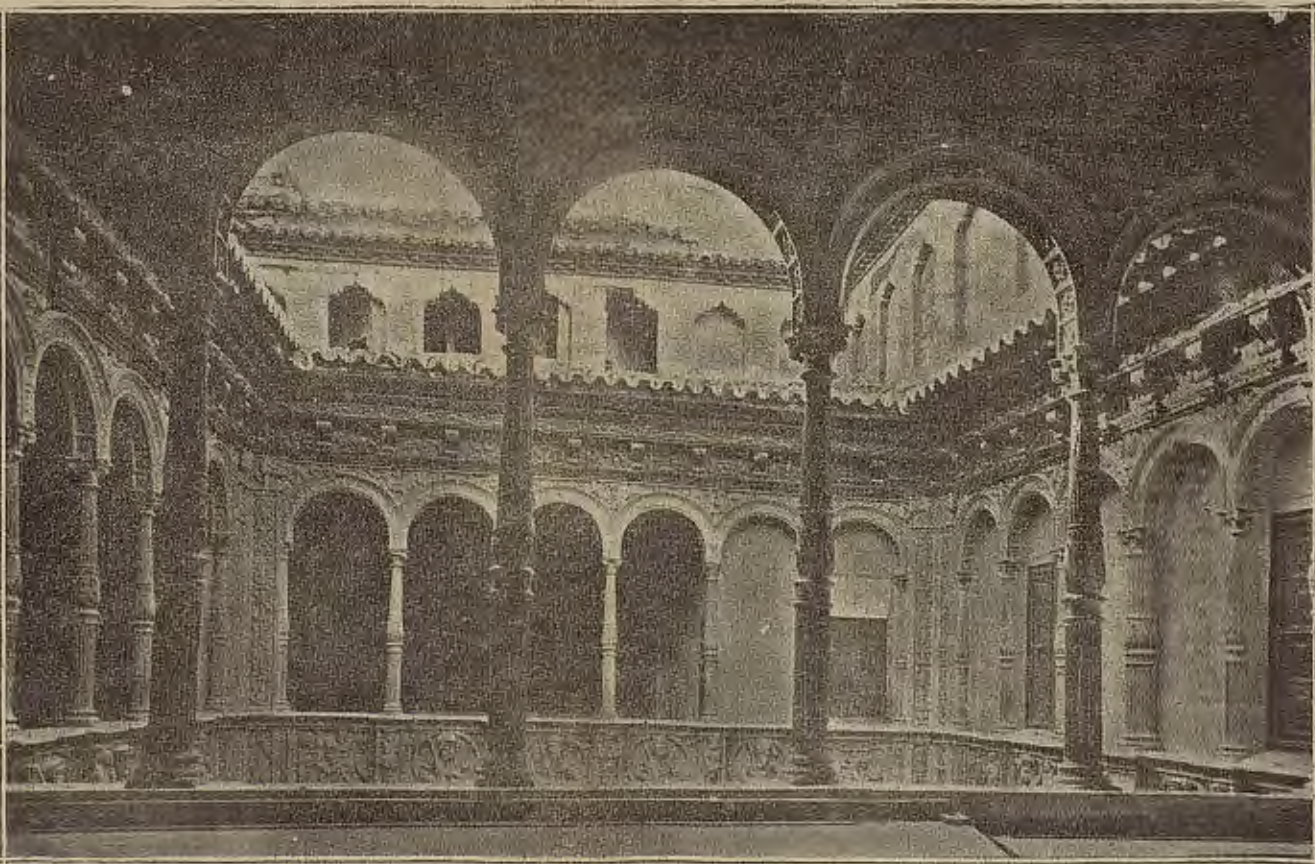
«Delicia», se había apoyado en Rivero, temerosa.

—¡Qué cerca se pone! Los cuernos le pasan por el pecho. Es admirable; pero ¿por qué no le matan ya?

—Por usted. Quiere lucirse.

—¡Oh! ¡Véalo ahora!

Basilio concluía su faena en la parte del escl. Chispeaba el traje de luces, resplandecía la hoja de la espada, brillaba la sangre como un barniz sobre el morrillo del toro y las banderillas oscilaban, entrecocaban, se inclinaban en cada pase. «El último», calculó Basilio. Y, en efecto, como por arte mágica, el trazo rojo inmobilizó a la fiera. Lió Basilio la muleta, elevó la espada, midió la distancia, fijos los ojos en la cerviz del toro y el pensamiento en la mantilla blanca, y fué una estocada perfecta, de la que salió como despegándose de las astas y con un ligero trapiés, que contuvo y transformó en un salto ascensional, tan armonioso, que que sus brazos parecieron alas. El toro se derrengaba, giraba, agonizante, sobre la arena y caía, por fin, con las patas rígidas y el hocico entreabierto. El público se puso en pie. Y veintiocho mil manos aplaudían y toros mil bocas lanzaban gritos o exhalaban murmullos de entusiasmo. No se podía matar mejor. Volaban los sombreros de los tendidos al redonde, y «Zaragoza», tras el saludo a la presidencia, comenzó a dar la vuelta. La ovación se fraccionaba entonces. Y mientras unos espectadores aplaudían y vociferaban al paso de Basilio—que no hacía más que inclinarse para saludar y devolver sombreros—otros agitaban los pañuelos, y era como un vuelo de palomas desde los tendidos hasta las andanadas y los palcos. «La oreja; píden la oreja del toro para Basilio», decía Rivero a «Delicia». «Si, ya recuerdo, ¡sé!» Y Teodoro, fija la mirada en la presidencia, anunciaba: «Las dos y el rabo le conceden... Es que ha estado hecho un coloso». Al pasar frente a ellos, seguido a distancia por el «Chuchi» y otro de sus peones para lanzar a los tendidos los sombreros que a él le faltaban manos para recoger, «Zaragoza» se detuvo, enfrentó su cara sudorosa y jadeante con la de «Delicia», y le dijo: «Esto no es na; ya verá usted el suyo». Ella no le entendió. Nerviosamente arrancóse los claveles del pecho, los besó y acertó a lanzarlos de modo que él los recibió en la cara. Como resbalasen hasta el suelo. Basilio los recogió y, sacudiéndoles la arena, los apretujó contra la boca. Luego se los puso en la faja y reanudó la vuelta al redonde. Corría, saltaba, reía,



En la reunión que la Junta organizadora del Centenario de Goya celebró ayer en la Universidad, el rector expuso su propósito de que vuelva a Zaragoza—que cometió la bellaquería de dejárselo arrebatarse—el patio famoso del palacio de los Zaporta, más conocido por Casa de la Infanta. Hoy está en París. Se trata de readquirirlo para que vuelva a ser ornato maravilloso de la ciudad de que no debió salir. La fotografía da idea, aunque parcialmente, del insigne monumento.

(Foto Hortet).



Daba voces, enloquecido por el júbilo, pero sin ver a nadie. Tuvo que colocarse en el medio de la plaza y recibir una ovación circular, unieversal... Sentaron los clarines para el tercer toro. Fue despacio, recogiendo todavía bravós y aplausos, a descansar en la barrera, frente a sus amigos. Tomó el vaso de agua que «Magallanes» le tendía. Y al decirle Teodoro «Hay que ver lo que has hecho. Has estado sublime...»

—¡Bah!—respondió, arrojando un bueche de agua, el torito era muy obediente. Hizo lo que yo le mandé.

Alberto INSUA

TEMAS DEPORTIVOS

EL PROFESIONALISMO

Se han tocado los primeros efectos de la implantación del profesionalismo en la forma acordada en la última asamblea de la R. F. E. F. Los clubs madrileños, en una reunión celebrada hace pocos días, han acordado que todos sus jugadores sigan figurando como amateurs. Todo el mundo sabe que en Madrid existe el profesionalismo más o menos encubierto, lo mismo que en cualquier otra región. Esto, como es lógico, lo saben mejor que nadie los clubs interesados que, sin embargo, han acordado que sus jugadores continúen jugando como amateurs.

Este es el primer tropiezo de los acuerdos tomados en la citada asamblea sobre tan interesante problema que de no resolverse pronto habrá de ser el peor enemigo del fútbol español. Seguramente que en la mayoría de las regiones los principales clubs adoptarán idénticos acuerdos, con lo que el profesionalismo seguirá como hasta ahora siendo el mayor obstáculo al triunfal desenvolvimiento del deporte.

Los acuerdos tomados sobre el profesionalismo, no pueden ser más absurdos. Parece que toda la nueva legislación está hecha nada más que con el propósito de fastidiar al jugador verdaderamente amateur. Esta legislación, en síntesis, se limita a tres puntos: 1.º, el de que todo jugador necesitará permiso de su club para trasladarse a otro cualquiera; 2.º, el máximo y mínimo de sueldo; y 3.º, que es a nuestro entender, la mayor equivocación, el que puedan jugar en un mismo equipo amateurs y profesionales.

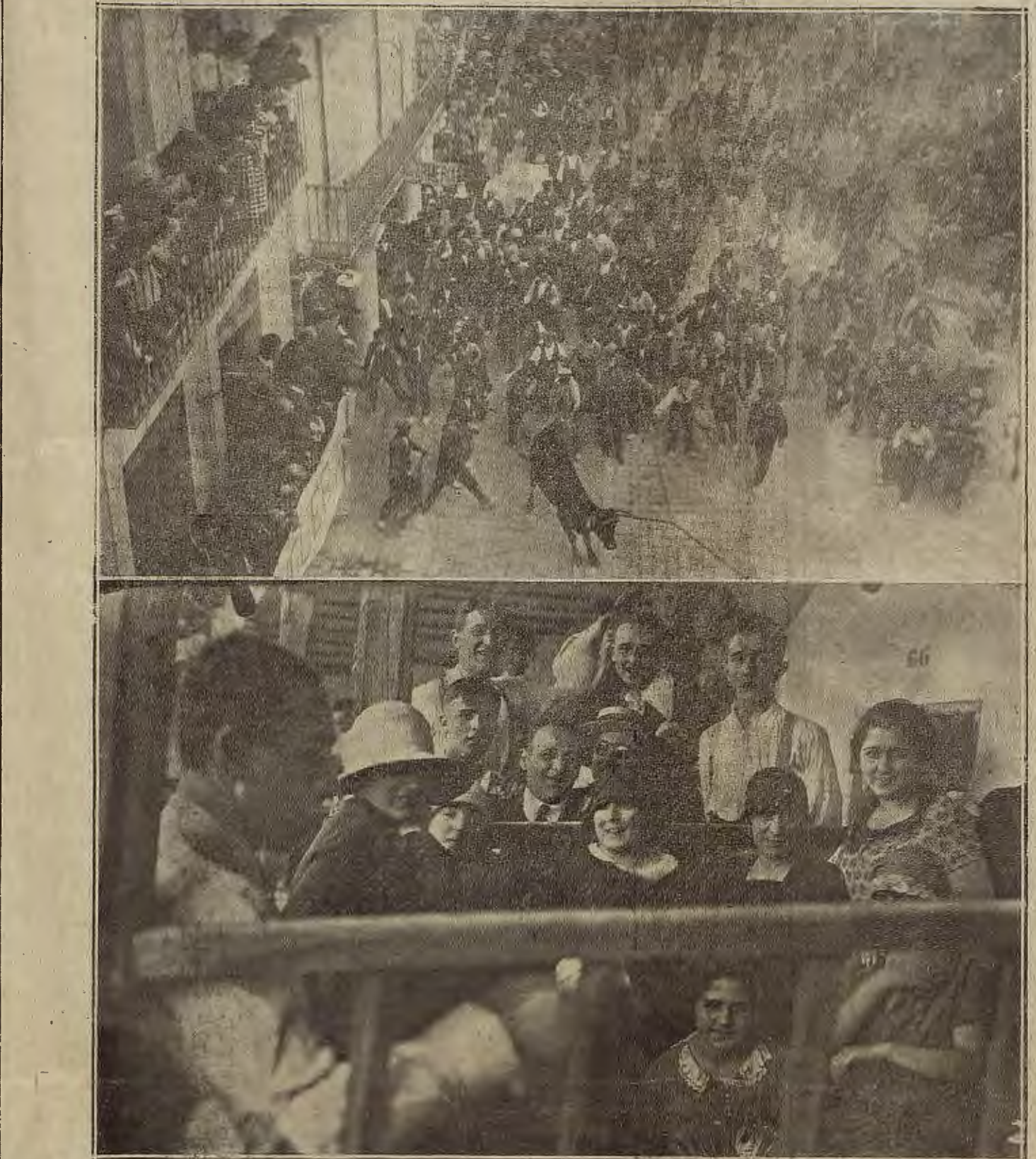
El primero perjudica enormemente a todo jugador verdaderamente amateur que por una u otra causa quiera trasladarse de club, cosa que no podrá realizar de no acceder a ello el club a que pertenece. Este es el caso de un notable delantero madrileño que, siendo verdaderamente amateur, no podrá trasladarse de equipo por no consentirlo el club a que pertenece.

El segundo, es una completa tontería. Esto de que los jugadores profesionales no puedan cobrar más de 800 pesetas mensuales ni menos de 100, es un completo absurdo. A propósito de esto podríamos decir lo que dijeron todos los críticos taurinos cuando algunos empresarios quisieron establecer un sueldo máximo para los matadores. Con este acuerdo se ha querido indudablemente beneficiar a los clubs modestos, al mismo tiempo que con el sueldo mínimo se pretende no dejar explotar a los jugadores. Los propósitos estarían muy, si la realidad respondiese a sus deseos; pero como no es así, el acuerdo es completamente inútil. Con ello sólo se conseguirá que numerosos jugadores

GALERIA DE CHICAS GUAPAS



Conchita Araez Abello  
Lérida



TERUEL: LA VAQUILLA DEL ANGEL.—En la parte superior, un aspecto de la plaza del mercado durante la fiesta. En la parte inferior, una merienda en la plaza de toros, durante la lidia de las vaquillas (Foto Rodero).

figuren como cobrando 800 pesetas, aunque ganando en realidad muchas más, y los líos y embrollos seguirán existiendo cuando hubiera sido tan fácil evitarlos.

El tercero, el de que en un mismo equipo jueguen indistintamente amateurs y profesionales, es una completa equivocación, si es que no es otra cosa peor. Con éste se consigue que el público que lógicamente no sabrá quiénes son los amateurs y quiénes los profesionales, trate a todos de igual manera, exigiendo a algún amateurs lo que no debe exigirse o no exigiendo al profesional lo que tiene derecho a pedirle.

No es, como ocurre a muchos, que nos parezca mal el profesionalismo. Al contrario, creemos que debe existir y que debe reglamentarse. El público paga por presenciar un partido una cantidad igual o superior a la que da por ir a los toros, al teatro o a cualquier otro espectáculo cualquiera. Como paga exige que los jugadores desarrollen un juego que tienen derecho a presenciar dado el precio de su localidad. El jugador amateur no puede, ya sea a causa de su trabajo o a consecuencia de sus estudios dedicar a entrenarse todo el tiempo que es menester para poder jugar como quiere el público. Además, los jugadores amateurs están en inferioridad respecto a los profesionales en numerosos aspectos. Un jugador que no cobre nada, temerá, como es natural, el romperse un brazo o una pierna en un encontronazo, ya que esto, aparte del dolor consiguiente, habría de traerle aparejado una pérdida importante de sueldo y un no menos importante gasto en medicamentos. Y en esto en un muchacho, que, como existen muchos, sea el sostén de su familia, no puede ser más penoso y ello sólo basta para quitar el valor a más de uno de los que hoy pisan nuestros campos de juego. Por el contrario, el profesional, que sabe que de tener la desgracia de lesionarse habrá de ser

bien asistido, que ganará lo mismo su sueldo que si estuviera sano y que tiene todos los gastos ocasionados por la herida cubiertos, no temerá tanto el encontronazo y hasta en ocasiones lo buscará, ya que su gran entrenamiento lo hará estar en inmejorables condiciones para soportarlo.

Es natural que quiera cobrar aquel jugador por ver al cual paga el público una cantidad respetable y a quien chilla cuando no juega como a ellos les parece que debe jugar. No es menos lógico que pretenda cobrar el que en un encuentro de campeonato se expone a recibir una patada o un golpe que puedan dejarle inútil para ganarse la vida.

El profesionalismo debe, por lo tanto, reglamentarse; pero reglamentarse bien, esto es, separando los jugadores verdaderamente amateurs de los profesionales y formando con ellos dos lugares tal como existen en Inglaterra, dejando en libertad a cada jugador para que cobre según el beneficio que su actuación reporte al club en que juega y dando amplias facilidades en todas las cuestiones a los verdaderos amateurs.

No se debe ya temer que la implantación de tal legislación y sobre todo de la separación de los amateurs y profesionales, acarree la muerte del deporte. Este está ya lo suficientemente arraigado en nuestras costumbres, en nuestra idiosincrasia, para que pueda, no acabar con él, sino sólo atenuar su fuerza dicha transformación. Se debe, pues, proceder a dicha legislación a la mayor brevedad posible, procurando en la próxima asamblea acabar de una vez de establecer la reglamentación del actual problema profesionalista que, cuando esté legislado de verdad, cuando se obre sin el miedo que ha impedido en la última asamblea adoptar determinaciones enérgicas habrá dejado de

ser tal problema para convertirse en un poderoso impulsor de la causa del deporte.

Mientras esto no suceda seguiremos presenciando el lamentable espectáculo del amateurismo «marrón», de las fichetas, de los líos y embrollos subsiguientes, y de otras no menos desagradables escenas.

Eduardo DE GUZMAN

GALERIA DE CHICOS GUAPOS



Juan Antonio Araez Abello  
Lérida













